

Abrió el señor Escobar la cubierta, y de ella sacó una hoja seca de laurel y un pliego fino y perfumado donde estaba escrita esta décima:

«De aquella corona vieja
que en la pared, suspendida,
de mi cuarto, es de mi vida
nó un triunfo, sino una queja,
dorada como una abeja
esta mañana cayó
esa hoja mustia que yo
me apresuro a regalarte:
sólo laurel puede darte
quien laureles cosechó».

Todos aplaudieron la espinela del autor de «La Araña», algunos la copiaron, y luégo, en alegre cabalgata, fuéronse a Funza.

Andaban recorriendo la plaza de la pintoresca población, cuando se acercó al poeta Daniel Ortega —que casi se había aprendido de memoria la décima— una viejecita y le pidió limosna.

Al oír la petición plañidera de la mendiga, Ortega recordó la décima de Julio Flórez y la parodió de la manera que abajo leerá el que leyere.

Es de advertir que la ingeniosa parodia de Ortega se la han adjudicado a Clímaco Soto Borda más de cuatro autores, y hoy me place darle a aquel César lo que de ese César es.